

estudio sobre la influencia de la poesía y de la música en García Márquez, o también el ensayo introductorio que escribiera para la *Summa de Maqroll el Gaviero* de Álvaro Mutis, publicado por Barral Editores en su colección *Insulae Poetarum*. Valga decir que esta publicación fue la que le abrió las puertas al lector español —y también latinoamericano— al trabajo literario de Mutis, proporcionando ciertas claves de su obra poética, capitaneada desde lo alto por el errante y fascinante Gaviero.

De allí que éste libro no trate de hacer un maniático paralelismo entre sus dos obras, al estilo de las tediosas tesis de grado que engrosan las bibliotecas de las universidades. Más bien, el autor nos hace partícipe de sus propios hallazgos en cada uno de ellos, deteniéndose en sus puntos de contacto y viendo cómo cada uno fue labrando su propio destino. Como por ejemplo, y este es uno de los ejes centrales de la presente publicación, Cobo Borda nos muestra su relación con la literatura europea o norteamericana del momento.

Ya ha pasado casi medio siglo desde que García Márquez y Mutis se propusieran escribir sobre sus propios materiales biográficos que los torturaban y los nutrían. Y lo lograron. No se trataba, entonces, de la lucha por ser más europeos o más americanos, sino por el contrario de cómo cada uno de ellos supo aclimatar de manera soberbia las enseñanzas de los autores del otro lado del mar, o del norte del continente americano, para que fueran creíbles y nuestros, personajes tan fascinantes como Amaranta Úrsula o Maqroll el Gaviero, dándole a su vez una vida propia, dotando de una entidad literaria al trópico y a la tierra caliente.

Pero no solo eso: al crearlos y al verlos transitar incólumes durante décadas, sirvieron, entre otras cosas, para liberarnos de cierto complejo de inferioridad que se sentía ante los grandes autores europeos o norteamericanos. Gabo y Mutis crearon, en definitiva, cada uno a su modo el canon de un gusto, en una atmósfera completa, original y verdaderamente nuestra, en la que nos sentimos

identificados, poniendo de nuevo de relieve la famosa frase de Gorki según la cual es necesario describir nuestra aldea para ser universal.



En cuanto a sus ideas políticas, no podían estar más apartados el uno del otro, pero Cobo encuentra que:

Ese buscar que une a Mutis con García Márquez en sus alusiones a una historia europea que se erige como la historia por excelencia, y ante la cual los conatos de independencia de los países periféricos semejan ser gestos truncos que no terminan por concretarse, deparan curiosos resultados. La constatación de una violencia que no es propiedad exclusiva de ningún pueblo del mundo sino que todos la ejercen en determinados momentos y con intensidades afines. Y esa sensación alucinante de estar siempre repitiendo los mismos impulsos para concluir siempre en idénticas acciones baldías. [pág. 321]

Precisamente para no fosilizar a estos autores irrepitibles, para que no se conviertan en pasto de sesudos y fríos historiadores, Cobo nos los presenta como son, sin las grandilocuencias tropicales a las que somos tan habituales en estas tierras, lejos de los lastres de un academicismo que tiene el don de la momificación y no del agradecimiento, y a años de dis-

tancia de un tipo de análisis que parece más preocupado en convertir en mármol o estatua ecuestre de plaza pública lo que se ha escrito con trabajo y amor. Como ese famoso poema de Yeats en el que habla de esas calvas cabezas inclinadas en las bibliotecas que analizan lo que los cuerpos complacidos escribieron entre las sábanas. Cobo, como se ha visto, está más bien del lado de las sábanas que del silencio reverencial de las bibliotecas. Y eso es de agradecer.

Desde la *Hojarasca* hasta *Memoria de mis putas tristes*, desde *La Balanza* hasta las *Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero* el autor pasa revista a la obra de nuestro Nobel y de nuestro Cervantes. Entrevistas, lecturas, influencias, anécdotas, cronologías y bibliografías puestas al día, en fin, un libro en el cual están juntos Melquíades y Maqroll, unidos para siempre, conversando y convergiendo.

RAMÓN COTE BARAIBAR

En Harvard ya llegaron al siglo XIX latinoamericano

Ficciones fundacionales: las novelas nacionales de América Latina

Doris Sommer

Ediciones Fondo de Cultura

Económica, Bogotá, 2004, 429 págs.

Irritante. Exasperante. El problema no es tanto la autora, aunque también, sino casi el género entero: ¿cómo llamarlo? ¿La socio-lectura, una zona específica de la semiótica? ¿Secuelas de Harold Bloom y de todo el daño que ha hecho, o que ha tratado de hacer, a los buenos lectores? La irritación que le producían a Walter Benjamin los románticos me la producen a mí estos mamotretos pretenciosos, estas presencias del colonialismo cultural, profesores europeos y norteamericanos que, en

busca de oficio, se consideran a sí mismos los dueños de la literatura latinoamericana y que, de hecho, son los únicos a quienes las grandes universidades pagan por enseñarla...

Se supone que la autora va a examinar una novela fundacional de cada país. En el caso de Colombia, la *María* de Jorge Isaacs. ¿Ficciones fundacionales de qué? De nada. Ni ellas formaron estados ni una tradición novelística. Esto es pura y simplemente imperialismo cultural. Si los mexicanos le quieren comer cuento a la señora Sommer, allá ellos. Yo no me trago ni un poquito de todo lo que dice aquí. Este es un libro aburrido, difícil y —a mi parecer— poco inteligente. Basta echar una mirada curiosa a los cursos que ofrece esta señora en Harvard para que se nos pongan los pelos de punta. Cursos que van desde “Ficción fundacional y film”, hasta “Estética de los márgenes” (basada en los insoportables Shklovsky y Barthes por supuesto), hasta “Artes bilingües”, pasando por cursos especializados como “Tabaco y azúcar” (por fortuna éste no se ofrece a menudo).



Libros como éste nos dejan un montón de lugares comunes junto a otro poco de ideas originales, en el sentido de que a nadie más se le habrían ocurrido, por más que forzara la imaginación, y expresadas en la jerga rebuscada de la universidad. Intentan todos los acercamientos posibles, histórico-económico, semiótico, sociológico, esotérico, y olvidan invariable-

mente el literario. Estos autores no escriben ni para los lectores latinoamericanos, ni para los estudiosos latinoamericanos, ni para los universitarios latinoamericanos, ni para los profesores latinoamericanos, ni para los lectores norteamericanos, ni para los estudiosos norteamericanos, ni para los universitarios norteamericanos, ni siquiera para los profesores norteamericanos. Escriben para el profesor enemigo de la universidad rival. El de Harvard escribe contra el de Stanford, y el de Stanford contra el de Yale. Se trata de darle duro al otro experto. Para ellos el entorno sociopolítico lo es todo. Si así fuera no habrían existido ni Poe, ni Thoreau, ni Whitman ni todo el resto de la sociedad de los poetas muertos.

Pero la realidad no es así, por fortuna. Las artes, pero en especial la literatura, se complacen en no dar más que especímenes individuales, excepcionales...

Desde la primera frase, lo que dice este libro es enteramente falso, cuando no confuso o amañado: Cuando Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa y Julio Cortázar, entre otros, irrumpieron en el escenario del mundo literario de los años sesenta, insistieron, categórica y repetidamente, en el poco valor que tenía la narrativa latinoamericana anterior. ¿Qué era lo que había —se pregunta Sommer— en ese tipo de ficción latinoamericana programática y obviamente obsoleta que tanto obsesionaba a los del *boom*? Y se responde a sí misma: “La atracción era prácticamente visceral y provocada, en mi opinión, por un rasgo extremadamente llamativo que había pasado desapercibido: la retórica del erotismo que organiza las novelas patrióticas”. Y continúa: “Me propongo hacer ahora al describir las alegorías de las novelas nacionales latinoamericanas no como una relación paralela, sino entrelazada entre el erotismo y la política”. Luego añade: “La combinación de la alegoría y la dialéctica será sin duda insólita para aquellos lectores que gustan de las definiciones convencionales”, pero, ¡ah!, no temamos, puesto que esta tesis está avalada ni más ni menos que por

Walter Benjamin, a quien la autora califica, sin saberse bien por qué, de “protoposmoderno”. Eso, digo yo, es una típica tesis universitaria y comienza a explicar un poco qué y por qué es lo que se está enseñando en las universidades colombianas.



Cuando un descubrimiento científico hace su aparición, todo el mundo se sorprende por no haber encontrado evidente antes lo que ahora es palmario para todos. En cambio, cuando la charlatanería universitaria se desata, no hay límites. Puede apostarse un millón a cero a que a nadie distinto del profesor se le habría ocurrido jamás la misma idea, por más ayuda que se le diese. ¿Por qué? Porque para el único que la cosa es evidente es para el mismo que la propone. De resto, lo de siempre, la adoban con inyecciones intravenosas de Foucault y Walter Benjamin, y eso del placer del texto por el texto y de leer porque nos da placer nos lo dejan a los bárbaros lectores latinoamericanos (menos mal). Ya por la tercera o cuarta página comienzan a asustarnos con la jerga abstrusa: “El español mantuvo mi otredad en una esquizofrenia paradójicamente estabilizadora y mitigó el odio que el inmigrante siente por sí mismo al revelarlo como estructural, constante, reiterativo, tal vez esencial al americanismo tanto del norte como del sur”. Más adelante tenemos esto:

Las líneas rectas de las novelas "históricas" pueden ser claramente reconstruidas a partir de los esfuerzos por retorcerlas. ¿Qué otra explicación puede darse a la tragicomedia de la repetición autodestructiva en, por ejemplo, Cien años de soledad o a la frustración y la vergüenza en La muerte de Artemio Cruz, sino la de los malos acoplamientos entre los supuestos desarrollistas y la historia latinoamericana?

Al menos algo queda claro. Los estilos del boom son prendedizos. La autora termina escribiendo como Carlos Fuentes.



Así, de *Doña Bárbara*, de Rómulo Gallegos, se permite afirmar: "Esta novela antiimperialista no estaba ni preparada para la conciliación, ni lo suficientemente desesperada para postergar la soberanía como ocurrió en *Enriquillo*". En fin, gracias a la autora, descubro que *Enriquillo*, la piedra de toque de una tradición nacional, era el común denominador de todo un canon en América Latina.

Con una prepotencia imperial resalta Sommer que una de sus intenciones es poner de manifiesto que "los latinoamericanos podrían tener algunas lecciones generales que enseñar"... Es decir, están allá abajo, bien abajo, bien subdesarrolladitos, chiquititos,

morenitos, pero que al fin y al cabo, "tienen lo suyo". La señora podría estar estudiando igualmente chimpancés. Esto lo ha descubierto leyendo la *Historia de la sexualidad* de Michel Foucault y de *Comunidades imaginadas* de Benedict Anderson, la fórmula alquímica infalible (¿cómo nadie lo había advertido en Harvard?), para "ubicar el contexto del patriotismo apasionado".

De allí la ingenuidad de conclusiones como esta: "En vez de mantener la pureza de la raza, la clase, el género y las diferencias culturales, los romances 'históricos' que vinieron a ser considerados novelas nacionales en sus respectivos países, casaron al héroe con la heroína cruzando estas últimas barreras".

La autora sabe bien que hay conflictos raciales y de clase, pero no los identifica muy bien. Veamos como ejemplo qué le produce la *María* de Isaacs:

Las interminables guerras civiles y las dramáticas barreras geográficas, le habrían proporcionado a Colombia "la nada envidiable distinción de ser prácticamente el único país latinoamericano que no logró algún tipo de consolidación nacional durante el siglo XIX, lo que quizás explica por qué su novela nacional es tan anómala".

¿Qué diablos es lo que quiere decir? ¿Qué es consolidación nacional? Por el lado que la examinemos, la afirmación es totalmente falsa. El tema del judaísmo, al cual la autora atribuye tanta importancia, es verdaderamente secundario en *María*, puesto que el tema judío era prácticamente desconocido en la Colombia de la época. Apenas ahora escritores como Azriel Bibliowicz, Juan Gabriel Vásquez, Antonio Ungar o Marco Schwarz comienzan a hablar de los judíos en este país. Pero este es un tema del siglo XX y de después del profesor López de Mesa. Y, sobre todo, con o sin judaísmo, los valores de la novela poco y nada tienen que ver con eso y nunca ha sido juzgada por ello. En esa época no había inmigración judía en Colombia. Si Isaacs era judío era por pura casualidad, y además nadie lo sabía.

Sigamos: "María carece de dignidad estoica y de autodominio". No me corresponde defender el carácter de esta pobre mujer de la que para mí es igualmente una pobre novela... "A diferencia de las demás, ella llora con demasiada facilidad, dice lo que piensa, inicia coqueteos, se aventura afuera descalza, y literalmente, tiembla de pasión. En resumen, revelaba su inferioridad de género no domesticado, así como sus orígenes en una raza inferior. De haberse casado Efraín con ella, la pareja habría tenido una falta de balance de feminidad, o sea, de judaísmo".

¡Vaya, vaya! El día que yo tenga ideas como esa, me suicido. Mucho más interesante a mi ver es lo que comentó Rivera y Garrido en una de las primeras reseñas del libro: "María, casándose con Efraín y convertida, con el correr de los años, en robusta matrona caucana y respetable madre de numerosa prole, habría dado al traste con el inmortal libro de Isaacs".

Prosigue la imperturbable autora: "Evidentemente, Efraín e Isaacs prefieren mantener cierto misterio acerca de la muerte trágica de María a decirnos que estaba sobredeterminada, porque decir más habría significado admitir que la enfermedad de María se debía tanto a la exclusividad aristocrática como a la inferioridad racial".



¿Qué desconocimiento! En la Colombia del siglo XIX es claro que hay muchas inferioridades raciales, hablese del indio o del negro, pero

jamás de la familia de un señorito terrateniente del Valle del Cauca, descendiente de europeos. Eso es aplicar modelos que podían ser válidos en Lublin o en Leipzig, pero no en Cali. Claro está que la cosa no habría sido tan evidente. En lugar de establecer abiertamente la conexión, Isaacs habría practicado su propio tipo de "histeria" literaria, hallando un sustituto para el antagonismo racial que se niega a poner por escrito. En otras palabras, *María* emplea una especie de mecanismo de defensa narrativo que hemos visto arriba y que Freud identificó como "desplazamiento": una función sustitutiva de la memoria en los neuróticos obsesivos.

Claro. Ya se estaba demorando en aparecer el charlatán vienés en apoyo de cualquier tontería. ¡Socorro! ¡Yo ya tengo suficiente! ¿Seguimos? ¡Si aquí hay algún neurótico obsesivo, es la autora!

Pero acaso todo esto sea culpa de una mala lectura. Resulta que la fuente primordial de Doris Sommer para escribir lo que está escribiendo es Alfonso López Michelsen, un experto en hilvanar delirios como ése de la estirpe calvinista de nuestras instituciones, a quien se le ocurrió igualmente publicar alguna vez un opúsculo sobre la influencia semítica de *María*, que por azares del destino vino a caer en malas manos. La diferencia es que los desvaríos de López son inteligentes, a fuer de sugerentes.

Después de este análisis tan pobre, un desprevenido lector colombiano puede decir, bueno, si lo de *María* es falso, lo de las novelas de otros países puede ser verdadero. Pues no. Todo es, si no completamente falso, pobre. Y además, la autora está dedicada a pontificar no solamente sobre Latinoamérica sino sobre cualquier parte del mundo.

Veamos otro ejemplo: "Sab, tanto como Avellaneda, escribe desde la desesperanza. Pero mucho antes de estampar su firma, sospechamos que Sab escribe, dirige y manipula todo cuanto leemos". No se sorprenderá el lector si le digo que Sab es un personaje del libro y Avellaneda

la autora (la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda). Pues bien, la autora supone un impacto de la novela *Sab* en todo el continente, impacto que en Colombia no solamente jamás existió sino que hoy casi nadie sabe de su existencia.

Podrá ser muy importante todo lo que dice la autora pero no encuentro a lo largo del libro una sola frase que me abra el apetito para leer alguno de los libros mencionados en él. Por el contrario, es una invitación a obviarlos, pero como ya he leído alguno de ellos, sospecho que la lectura de otros puede ser igualmente grata.



A alguien le puede parecer muy edificante que por fin se esté leyendo a los autores latinoamericanos del siglo XIX, precursores ignorados del *boom* si se quiere, en Harvard. Yo pienso que no es ningún mérito, sino un síntoma de la pobreza cultural norteamericana, que en Harvard apenas estén descubriendo a América Latina. Bueno, al menos ya van por el siglo XIX. En cualquier caso, desconfiemos. Yo, buen colonizado cultural al fin y al cabo, les doy el beneficio de la duda. Se ha visto muy a menudo en el terreno político y, sobre todo, en el delincencial, que junto a fallas de una enormidad que ellos mismos desconocen, los Estados Unidos están a veces mucho mejor informados que nosotros acerca de muchos tópicos y el tiempo luego viene a darles la razón. Y que por cada

tema extraño considerado digno de estudio, siempre hay uno o dos expertos gringos que son los mejores del mundo. No obstante, que me aspen si quieren, pero ni callo ni otorgo cuando lo que es muy malo, además, se vuelve famoso y pretende pasar como algo de la mejor calidad.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

De la A a la Z

El mundo según

Gabriel García Márquez

Piedad Bonnett (selección y prólogo)

Icono, Bogotá, 2005, 175 págs.

Ponerse en contacto con el universo personal de un autor, con su mundo de representaciones, con su mirada, constituye uno de los intereses más comunes del lector contemporáneo. Y no hablamos solamente de aquel especializado y erudito para quien el conocimiento de los meandros más soterrados del pensamiento del escritor se le constituye en un motivo obsesivo y vital, nos referimos, junto a éste ya mencionado, a quien lee de manera coloquial y relajada. También para él, que encuentra en la lectura un ejercicio apasionado de la imaginación y la intimidad a través del cual se consolida y afirma en el transcurso de una vida no siempre afortunada, cobra sentido saber cómo piensa y considera la realidad aquel que tan sensiblemente le afecta con su fantasía. De qué manera concibe el mundo, cómo puede vivir aquí y ahora, compartiendo esta banalidad, este hacerse en el día a día, habitando un país, transeúnte, contemporáneo y carnal. Poner a nuestro alcance este territorio específico, ocupado y gestado por uno de los escritores claves de nuestra tradición literaria, ha sido el objetivo perseguido por Piedad Bonnett en el libro *El mundo según Gabriel García Márquez*, respaldado por el sello Icono Editorial.